

LIBROS

JULIAN H. STEWARD, ROBERT A. MANNERS, ERICK WOLF, ELENA PADILLA SEDA, SIDNEY W. MINTZ Y RAYMOND L. SCHEELE. *The People of Puerto Rico: A Study in Social Anthropology*. Urbana: University of Illinois Press, 1956. 540 págs.

Considero que el pueblo de Puerto Rico es afortunado en tener a su disposición este estudio de sí mismo, o por lo menos de ciertos de sus grupos socioculturales. En octavo real, con dobles columnas, equivale realmente a seis libros de tamaño mediano colocados entre dos cubiertas. Mi estimado más conservador es que contiene unas 544,000 palabras.

Esta verbosidad se presenta elegantemente, como un excelente ejemplo del arte de hacer libros, en papel satinado, con numerosas fotografías, mapas, diagramas y tablas. Más importante desde luego, que su envoltura física, es el hecho de que contiene los resultados de un amplio estudio dirigido por Julian Steward, el autor principal y editor, auspiciado conjuntamente por el Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia y el Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico.

En la Introducción, Steward comienza con una sólida exposición del enfoque socioantropológico, y una discusión teórica del aspecto llamado "ecología cultural", a cuyo desarrollo él ha hecho las mayores contribuciones. La base del presente estudio queda indicada sucintamente en el comentario referente "al proceso por el cual la cultura externa se adquiere selectivamente y se le adapta a un ambiente en particular . . . Puesto que las adaptaciones envuelven primordialmente el uso de la tierra, el método de la ecología cultural requiere que se examine primero la relación entre la tecnología, o los procesos productivos, y el ambiente . . . Luego es necesario identificar los factores culturales y ambientales que explican la selección de ciertos de estos procesos por la nueva área . . . [La ecología cultural] es meramente un instrumento metodológico para trabajar con el problema general de cómo nacen nuevos rasgos de la interacción entre la cultura y el ambiente. Sin embargo, datos obtenidos de distintas partes del

mundo indican insistentemente, que se producen cambios similares cuando se emplea determinada tecnología en determinada clase de ambiente. Estos cambios se prestan para formular las normas del cambio cultural. . ." (pág. 15) Steward también declara que es necesario darle perspectiva histórica a todo estudio de los fenómenos culturales. Finalmente, para resumir este punto de vista, los autores, aunque reconocen que recientemente ha surgido interés en la dinámica psicocultural, reiteran una y otra vez que no tienen ninguna intención de presentar interpretaciones de esa índole en esta obra. Pero sí describen escrupulosamente, de la manera que ellos los entienden, los patrones culturales de los años formativos, al igual que las tensiones y los conflictos posteriores. Su presentación es estrictamente en el nivel sociocultural, dejándole a otros la interpretación de los posibles efectos sobre la personalidad y la situación sociopsicológica.

Luego de una reseña histórica, presentan los datos que obtuvieron acerca de una serie de "subculturas" de Puerto Rico. A éstas se les llama respectivamente: Tabara, una municipalidad de tabaco y frutos variados en las montañas del Este (descrita por Robert A. Manner); San José, una municipalidad que exhibe el patrón "tradicional" de las regiones cafeteras con los correspondientes rasgos culturales (descrita por Eric R. Wolf); Nócora, la subcultura de los trabajadores de una plantación de azúcar del gobierno, presumiblemente en la costa norte, aunque esto no se establece claramente en ningún momento (descrita por Elena Padilla Seda); Cañamelar, subcultura de una plantación privada de caña (descrita por Sidney W. Mintz); y un capítulo acerca de la subcultura de "las familias prominentes", concentradas mayormente en la ciudad capital de San Juan (descrita por Raymond L. Scheele).

Estoy seguro de que aquellos puertorriqueños que se dedican a las ciencias sociales, y otros ciudadanos interesados en los asuntos públicos, utilizarán estas exposiciones repetidamente por los datos que contienen. Creo, sin embargo, que muchos de los que traten de usar este volumen en su totalidad (más bien que como una fuente de referencias desarticulada) opinarán que pudiera haber sido mucho mejor si se le hubiera hecho considerablemente más trabajo editorial. Los hechos históricos se repiten; en disquisiciones teóricas innecesariamente verbosas y prolongadas los autores machacan, con poco beneficio para el lector, los argumentos que se presentan en la Introducción; una y otra vez leemos sobre la importancia para la subcultura de las bases tecnológicas y el sistema de tenencia de la tierra; y así sucesivamente. En breves palabras, la redundancia es notable. Por lo menos un veinte por ciento de las palabras podría haberse eliminado con gran beneficio para el lector y sólo un daño temporero al *ego* de los respectivos autores.

Puedo darme cuenta bien, sin embargo, por qué no se hizo esto. Cada uno de los estudios subculturales representa una descripción balanceada de una comunidad o municipalidad. Naturalmente, cada autor individual desea incluir todo lo que le parece significativo. El editor es una persona generosa en este sentido (como me consta por experiencia propia) y ése es el resultado.

No obstante, mis reservas respecto a este libro no se refieren principalmente a su excesiva verbosidad o redundancia. Más bien se basan en el punto de vista central y las conclusiones básicas, todo lo cual sólo puedo considerar estéril e inadecuado. Si uno tomara las conclusiones de este estudio al pie de la letra, Puerto Rico no tendría unidad. Sería meramente una colección de "subculturas", cada cual adaptada a sus requisitos ambientales y económicos. Ni aun el enfoque de la "ecología cultural" me impresiona en este caso. De acuerdo con esta formulación, prácticamente todo depende de la adaptación al ambiente natural. Luego se dice que los aspectos culturales de la tenencia de la tierra y la tecnología, a su vez afectan otras fases de la organización social y la cultura. Sin embargo, para mencionar un ejemplo, la llamada Tabara se dedicaba anteriormente a la producción de café; hoy día el tabaco es el producto principal, y los frutos menores ocupan el segundo lugar. No hay nada que demuestre que los puertorriqueños no se adaptarían a otro ambiente en su propia manera. ¿Dicta el ambiente que se produzca café o tabaco? Claro que no. ¿Dicta la producción de tabaco o café que exista cierto tipo (y ningún otro) de organización social y de cultura? ¿Y el azúcar, también? ¿Es que las relaciones entre los comerciantes de los Estados Unidos y los puertorriqueños de la clase media alta controlan los rasgos básicos (y no sólo ciertos aspectos superficiales) de la cultura de estos últimos? Basándome en la evidencia que presenta este libro, mi opinión es que las respuestas han de ser negativas.

Los hechos aquí descritos nos indican que la cultura nacional puertorriqueña posee ciertos complejos de valores, que los autores mencionan pero cuya importancia continuamente subestiman. Admiten que "existe una fuerte tendencia entre todos los puertorriqueños a sentir que comparten la misma suerte" (pág. 499), pero creen "que no sería fructífero construir una lista de los elementos culturales que son denominador común para todo Puerto Rico, u obtener una muestra de toda la población insular para establecer lo que es 'típico' o más frecuente" (pág. 497). "Las distinciones socioculturales que funcionan en una sociedad estructurada por clases, tal como es Puerto Rico, en muchos particulares tienen mayor significado que los patrones comunes" (pág. 490). No tengo otra alternativa sino creer que es ése un énfasis equivocado, si es que vamos a lograr una comprensión, ya sea práctica o

teórica, de los complicados sistemas culturales de las naciones modernas.

Falta mucho por hacer para perfeccionar el conocimiento científico sobre tales sistemas. Actualmente el problema más urgente es elucidar las interrelaciones funcionales entre las subculturas, que producen ese grado mínimo de integración total en el sistema que caracteriza a las sociedades-estados modernos.

A pesar de estas críticas yo considero que esta obra es un sobresaliente estudio inicial sobre las realidades vitales de un área cultural compleja y moderna. Debiera ser fuente de referencias básicas tanto para los planificadores como para los teorizantes.

JOHN GILLIN,
Universidad de Carolina del Norte.

RÓMULO BETANCOURT, *Venezuela: Política y Petróleo*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1956, 887 págs.

Rómulo Betancourt es uno de los dirigentes políticos preeminentes de la América Latina contemporánea. Cuando ejerció la presidencia de Venezuela, durante el período 1945-48, inició un programa de desarrollo económico, social y de libertad política que, de haberse continuado, hubiese sido ejemplar en el hemisferio. La presente obra muestra que Don Rómulo no sólo es un político y estadista notable, sino también un gran estudioso y erudito de la economía, la política y las ciencias sociales.

Este libro, como lo indica su título, relata la historia del petróleo en Venezuela, y su influencia sobre la economía, la política y la sociedad de la nación. Pero no se limita a esta simple narración de hechos, pues la obra constituyó una elocuente defensa del régimen de Acción Democrática —cuyos tres años escasos en el poder son un intervalo democrático en más de un siglo de dictadura— y una vigorosa denuncia de la política y de los actos de su sucesor.

La primera parte del estudio del Dr. Betancourt narra la interesantísima historia de los comienzos de la industria petrolera en Venezuela; cuenta detalladamente de la corruptela y la perfidia que marcaron el establecimiento de esta gigantesca industria en la costa septentrional de Sud América durante la época, felizmente pasada, de Juan Vicente Gómez, el "tirano de los Andes". En este relato encontrarán ideas sugestivas aquéllos que se preguntan por qué algunos de los países latinoamericanos vacilan en permitir que las grandes compañías petroleras